

SOBRE LAS RAÍCES DE ESPAÑA

P. BOSCH-GIMPERA

Los problemas de la formación de los pueblos modernos tienen evidentemente raíces muy antiguas que llegan a veces a la más remota Prehistoria. Así el de la formación de España, como el de los pueblos americanos, que ofrecen grandes paralelismos y en cierto modo las mismas complicaciones. En ningún caso puede atribuirse a un solo elemento étnico y los pueblos actuales son siempre resultante de un largo proceso histórico, que si para aclararlo en tiempos relativamente recientes poseemos fuentes documentales, en seguida vemos que ellas no aclaran todo el problema y hay que retroceder con ayuda de métodos arqueológicos a épocas más remotas. Los pueblos que han sido el factor predominante al fin encubren substratos anteriores que a veces continúan representando la masa de la población, de la que quedan importantes supervivencias, y sólo a través de ellas se explican muchas cosas.

Para comprender a América no es posible prescindir de los pueblos prehispánicos, ni de los españoles. Igualmente para comprender a España hay que tener en cuenta el mosaico de pueblos prehistóricos, de los nuevos elementos llegados más tarde y su combinación. De ahí que, incluso para América, tenga especial interés aclarar los problemas de las raíces de los pueblos españoles para darnos así cuenta de la similitud de ambos procesos formativos.

El de España ha sido estudiado repetidas veces en el curso de este siglo. Después de la clásica simplificación de que los romanos conquistaron el país ocupado por iberos, celtas y celtíberos, sin que entonces se valorase lo que realmente significaban estos elementos étnicos y en que parecía darse a los iberos el carácter representativo de toda la península, minimizándose el de los celtas, la arqueología reveló la cultura ibérica con su arte notable. Schulten, con las excavaciones de Numancia, mostró la sucesión de culturas en aquella ciudad celtibérica y en el primer tomo de su obra monumental revisó las fuentes históricas

sobre la etnología española, siendo el primero en reconocer el importante papel que habían tenido los celtas en la Península. Entonces fue posible relacionar los resultados de la investigación histórica con los de la Arqueología y en nuestra escuela de Barcelona, después de haber reconocido con las excavaciones de la necrópolis de los campos de urnas de Can Missert de Tarrasa una primera penetración de celtas en Cataluña, se pudo destacar de la cultura ibérica la céltica en el centro y oeste de la Península, incluso penetraciones de los celtas en el país vasco y en una primera sistematización se distinguió la cultura post-hallstática y la de los castros occidentales de la cultura ibérica cada vez más conocida.

Con el estudio de conjunto de la "Etnología de la Península",¹ su nueva versión en "El poblamiento y la formación de los pueblos de España"² y los trabajos sobre los movimientos célticos en España: "Two Celtic Waves in Spain",³ —consecuencia de una conferencia en la Academia Británica de Londres en 1940— y el intento de reconstrucción de los movimientos célticos de Europa, del que se dio una primera versión⁴ en México y una más amplia y documentada en "Mouvements celtiques",⁵ llegamos a conclusiones que en su mayor parte siguen siendo válidas. Paralelamente, contra la antigua y tradicional identificación de los vascos con los iberos, se reconocía su personalidad distinta. El profesor portugués Mendes Corrêa publicaba sus *Raíces de Portugal*,⁶ llegando a resultados semejantes a los nuestros e insistía —como hicimos nosotros en el último capítulo de nuestro "Poblamiento"— en que la explicación de los pueblos históricos de la Península dependía de sus raíces prerromanas y prehistóricas. Luego Pericot publicó su conferencia: "Las raíces de España" siguiendo la misma orientación.⁷

Muchas nuevas investigaciones se han llevado a cabo en los últimos años por la nueva generación española formada en su mayoría después de la guerra civil y ha consignado sus resultados

¹ Barcelona, 1932.

² México, Universidad Nacional, 1945.

³ Londres, 1942.

⁴ *Revue de l'IFAL*. México, 1945.

⁵ *Mouvements celtiques. Essai de reconstitution. Etudes celtiques*, V-VII. París, 1950-56.

⁶ Lisboa, 1944.

⁷ Madrid, 1952.

en un libro de gran interés también titulado *Las raíces de España*⁸ con una nueva síntesis sobre toda la Prehistoria española y las raíces de España, siguiendo el camino trazado por el profesor Pericot en su conferencia de 1952. Interpretaciones divergentes habían planteado ya J. Martínez Santa Olalla⁹ y M. Almagro,¹⁰ en las cuales se operaba una verdadera “revolución” pues, como observó Pericot acertadamente, después de ellos “ya no sabemos hoy quiénes eran ni siquiera si existieron con personalidad independiente” los iberos que, según Martínez Santa Olalla no son ni una raza ni una cultura: “culturalmente no existe en sus comienzos una cultura ibérica y sí sólo una tendencia iberizante que opera sobre una base céltica principalmente”; y según Almagro, “los ‘iberos’ . . . son étnicamente celtas o ligures, gentes venidas con el movimiento de los pueblos indoeuropeos que llegan a España del siglo VII en adelante” . . . El nuevo libro de que vamos a ocuparnos, de gran interés y bien documentado, restablece en muchos puntos antiguas conclusiones, aunque nos parezcan discutibles algunos de sus asertos.

Los autores pertenecen a una generación excelentemente preparada y al corriente de los métodos más modernos de la investigación prehistórica, y es sin duda motivo de justo orgullo para Luis Pericot haber sido maestro de la mayoría de ellos, así como para nosotros —que con el propio Pericot iniciamos hace más de cincuenta años la escuela de Barcelona— que de ella hayan salido Maluquer y los discípulos de Pericot. Muchos son los nuevos materiales con que ahora se cuenta y ellos han sido aprovechados por los autores de este libro. Nos permitirá el profesor Gómez Tabanera —quien en la “Introducción” explica el carácter de la obra— que lo creamos algo injusto con la generación anterior, la cual trabajó con devoción y honradez científica y a la que no puede achacarse como él hace “la imposición de ciertas ideologías de carácter chauvinista, ya centralista o regionalista y al paio de políticas dominantes, en el presunto avance de una ciencia humana”. En aquella generación —por lo menos

⁸ Gómez Tabanera, J. M. (Editor). *Las raíces de España*. Instituto español de antropología aplicada. Madrid, 1967. xxiv + 476 pp.

⁹ Martínez Santa Olalla, J. *Esquema paleontológico de la Península ibérica*. Madrid, 1948.

¹⁰ Almagro Basch, M. La invasión céltica en España. *Historia de España* de R. Menéndez Pidal, vol 1, parte 2, España-Calpe Madrid, 1952.

Origen y formación del pueblo hispano. Editorial Vergara, Barcelona, 1958.

en la escuela de Barcelona—¹¹ se manifestaban puntos de vista distintos y aun contradictorios a veces, como en toda investigación científica, y no creemos que pueda atribuirse la imposición a sus discípulos de ideas personales fruto de prejuicios dogmáticos o políticos y que no admitiera la exposición de puntos de vista disidentes, como es lícito en toda discusión científica.

Nos permitirán también los demás autores —algunos queridos amigos nuestros— que discutamos sus opiniones y que, apreciando en todo su valor sus intentos de matización de las culturas peninsulares, muchas veces agudos y acertados, en algunos puntos no nos convenzan sus conclusiones e insistamos en que los antiguos esquemas siguen siendo válidos en sus líneas generales, así como que lamentemos que no se tengan en cuenta ciertos antiguos hallazgos de valor decisivo para la reconstrucción del proceso cultural peninsular. También encontramos a faltar una valoración de la cultura megalítica portuguesa y del vaso campaniforme que se mencionan sólo incidentalmente, así como que los problemas cronológicos se planteen de modo confuso, que —sobre todo para el neolítico y eneolítico— se abuse de la supuesta llegada de nuevos elementos de población y se entre en la “moda” de admitir supuestas “colonizaciones” orientales —lo que no implica el negar relaciones de comercio— y no digamos que se haya adoptado la terminología de “Bronce I” para el eneolítico en el que no hay un solo objeto de bronce.

Francisco Jordá Cerdá en un excelente artículo sobre “La España de los tiempos paleolíticos” da una síntesis de cómo se ve hoy el desarrollo del paleolítico peninsular, para el que nuevos hallazgos y nuevos estudios permiten afinar la visión clásica de Obermaier. Así se reconoce ahora una cultura “infero-paleolítica”, que aparece en Magoito cerca de Lisboa, en una antigua playa en el nivel siciliense de 90 m., con una industria de guijarros, semejante a los “Pebble tools” de África y que también parece encontrarse en los valles del Guadalquivir, del Guadiana y del Tajo hasta el Henares. El abbevillense y el achelense resultan ahora más nutridos de hallazgos en toda la península. Los yacimientos de Torralba y Ambrona en la España central se consideran de una fase antigua del achelense medio: nos pre-

¹¹ Pericot, L. Medio siglo de la escuela arqueológica barcelonesa. *Pyrenae*, 2:vii-viii.—1966.

Bosch-Gimpera, P. 1916. Una escuela de prehistoria. *Pyrenae*, 2:1-11. 1966.

guntamos si no se prescinde de tipos que verdaderamente parecían abbevillienses.

Se plantea en relación con el paleolítico inferior el problema del "asturiense" que siempre se había considerado como mesolítico. Sus "picos", utilizados al parecer para desprender los mariscos de las rocas, aparecen en las costas portuguesas, en el Bajo Miño y en la costa cantábrica hasta el país vasco francés así como en la costa catalana en las cuevas del Montgrí y Jordá los creería relacionados con el achelense, así como supone que los concheros de las cuevas asturianas —que dejaron restos de ellos adheridos a las paredes o al techo— serían anteriores a su erosión que se habría producido antes del paleolítico superior. Por otra parte en la cueva del Cueto de la Mina habría concheros "asturienses" dentro de un estrato magdalenense.

Admitiendo que en los picos asturianos pueda realmente conservarse una tradición que arrancarían del achelense y que pudo perdurar largo tiempo, lo mismo que los "pebbles" —ello parece confirmarlo un artículo de Gérard Cordier sobre industrias paleolíticas del Alto Garona en Francia—¹² nosotros nos preguntamos si en verdad la erosión de las cuevas asturianas es tan antigua como ha supuesto Jordá y que según Obermaier correspondía al "clima optimum" del mesolítico, por las especies de moluscos allí encontrados.

El musteriense parece ahora una cultura de grandes complicaciones —como se observa también en otros lugares de Europa—, con supervivencias achelenses y tipos nuevos. Hubiéramos deseado que Jordá se pronunciase más explícitamente acerca del musteriense del valle del Manzanares estudiado por Pérez de Barradas y Paul Wernert. En el paleolítico superior parecen perdurar los tipos del musteriense final, llegándose gradualmente al auriñaciense. El gravetiense tiene ahora una gran extensión llegando a la Meseta y a Portugal. El de la región valenciana, incluso el de la cueva del Parpalló, lo cree Jordá llegado desde la Meseta considerando que el valle del Bajo Ebro era un obstáculo insuperable, mientras que el de Cataluña habría llegado por el Pirineo oriental.

El gravetiense arraigó fuertemente en la Península y Jordá de acuerdo con Pericot, lo cree la "solera de lo español", aunque

¹² Cordier, G. Contribution à la connaissance des industries paléolithiques en quartzite du Bassin de la Garonne. Matériaux provenant de Cambarnard (Haute Garonne). In *Memoria do Abade Henri Breuil*, vol. 1, pp. 217-230. Faculdade de Letras da Universidade. Lisboa, 1965.

este último reconocía también la intervención de otros elementos sobre todo de origen africano como los aterrienses y capsieneses, no pudiéndose “hablar ni de un único elemento racial ni de un único pueblo de España al final del gran Epipaleolítico de los pueblos cazadores del Paleolítico y su secuela el Epipaleolítico”.

El solutrense ofrece grupos con variedades de tipos y llega también al Manzanares y a Portugal; en Levante el solutrense superior va unido a supervivencias gravetienses, pudiéndose hablar de un solútreo-gravetiense. El solutrense de Cataluña depende del de Francia; mientras que en Levante (Parpalló y otros lugares) aparecen los sorprendentes tipos con aletas y pedúnculo —que se hallan también en el Cau de les Goges en Cataluña y aún esporádicamente en el sur de Francia, como mostró Wernert— debiéndose plantear, aunque Jordá no lo intenta, el problema de posibles influencias africanas del aterriense, cuyos tipos se transformarían recibiendo el retoque solutrense.

El magdaleniense tiene dos caminos de penetración por el este del Pirineo, con el I y II en el Parpalló, al que sigue el III que por el espesor de sus capas parece haber durado mucho y desaparece después de la fase IV francesa, resurgiendo las tradiciones gravetienses en el “epigravetiense”, mientras que en la zona cantábrica arraiga el magdaleniense paralelamente a todo el francés, habiéndose infiltrado también en pequeñas zonas en las regiones de Madrid y Lisboa. El aziliense más que un verdadero mesolítico es una derivación magdaleniense.

E. Ripoll Perelló estudia en un documentado artículo “El arte prehistórico español”, propiamente el poco moviliar existente en España y el franco-cantábrico rupestre, así como el levantino. *Pilar Acosta de Pellicer*, trata de la “Pintura rupestre esquemática de España” mencionando muchas localidades conocidas modernamente. Para la cronología del arte levantino, Ripoll admite en sus líneas generales la cronología baja, iniciada por Hernández Pacheco y defendida por Almagro que —contra la de Breuil, Obermaier, Blanc, Lantier y nosotros— considera, incluso sus fases clásicas, de edad postcuaternaria, a pesar de reconocer las raíces auriñaco-perigordieneses del arte levantino, situando en el epipaleolítico lo más antiguo que de él se conoce.

Es lástima que Ripoll no tome posición respecto al resultado de las discusiones del castillo de Wartenstein¹³ y al paralelismo

¹³ Pericot, L. y E. Ripoll. (Editores). Prehistoric Art of the Western Medi-

de los caballos de Minateda que Blanchard¹⁴ comparaba a las razas de los caballos franco-cantábricos, así como al libro de Blanc, *Dall'astrazione all'organicità*.¹⁵ La semejanza de los animales representados en las plaquitas del arte moviliario del Parpalló con las figuras del arte rupestre franco-cantábrico, es evidente aun para el mismo Pericot¹⁶ quien se inclina a considerar el arte clásico levantino como mesolítico. Paul Wernert en un reciente artículo¹⁷ insiste en el paralelismo de ciertas representaciones levantinas y franco-cantábricas, sobre todo el de hembras grávidas de Altamira y de la Cueva del Civil en la Valltorta: en el primer caso de bisonte y en el segundo de un équido probablemente de *Equus (Asinus) hydruntinus*, especie fósil y extinta después del Pleistoceno en toda la cuenca del Mediterráneo, así como Breuil había insistido en el carácter pleistoceno de équidos del Monte Arábí y de Minateda, de los que el *Equus (Asinus) hydruntinus* dejó abundantes restos óseos y dentarios en los yacimientos solutrenses y perigordenses de Cataluña y Asturias.

Nosotros hemos insistido repetidamente en el paralelismo de las figuras de animales de la más antigua capa de pinturas de Minateda¹⁸ con las representaciones franco-cantábricas en lo que veíamos un indicio de cronología en el auriñaciense o grave-tiense y que son anteriores a las de las escenas del estilo clásico levantino que, en los animales en rojo, tienen también un precedente en plaquitas solutrenses del Parpalló. Por otra parte otro indicio que creemos positivo y que nadie ha valorado —a nosotros mismos se nos había escapado— es el yacimiento de la Cova Mallada de Cabra Feixet (Tivisa, prov. de Tarragona), des-

terranean and the Shara. *Viking Fund Publications in Anthropology*, num. 39. New York, 1964.

¹⁴ Blanchard, J. Informations recherchées d'après les équides européens figurés. *Obra citada* en nota 13, pp. 3-34.

¹⁵ Blanc, A. C. *Dall'astrazione all'organicità*. Roma, 1958.

¹⁶ Pericot, L. Sobre algunos problemas del arte rupestre del Levante español. *Obra citada* en nota 13, pp. 151-158.

¹⁷ Wernert, P. Réflexions sur l'art rupestre naturaliste de l'Espagne orientale. Le motif de la mis-bas dans l'art paléolithique. In *Memoriam do Abade Henri Breuil*, vol. 2, pp. 351-359. Faculdade de Letras da Universidade, Lisboa, 1966.

¹⁸ Bosch-Gimpera, P. *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. México, 1945.

The Chronology of the Rock-Paintings of the Spanish Levant. *Obra citada* en nota 13, pp. 125-132.

cubierto por Salvador Vilaseca e Ignacio Cantarell,¹⁹ probablemente epigravetiense anterior al magdalenense superior, a unos 200 m. del abrigo pintado de Cabra Feixet. Si la falta de yacimientos asociados con las pinturas rupestres levantinas y los post-paleolíticos de las mesetas de la Valltorta —a mayor distancia del Barranco de las pinturas— se ha utilizado como supuesto argumento en contra de la fecha paleolítica de aquéllas, con mayor razón podemos utilizar el yacimiento paleolítico de la Cova Mallada, mucho más próximo y en el mismo barranco de las pinturas, para nuestra cronología paleolítica. La imposibilidad de colocar el arte clásico levantino en el mesolítico la hemos argumentado²⁰ con la duración relativamente corta del mesolítico y con la decadencia de la caza en él como modo principal de vida, así como con la pobreza de los yacimientos mesolíticos del Levante y la cultura de recolectores de moluscos de los concheros de Muge en Portugal, todo ello muy alejado del “ambiente paleolítico” del arte levantino en que insistían Obermaier y Wernert.

Por todo ello es lástima que Pellicer Catalán no trate especialmente del mesolítico y haga una breve referencia a él, que sólo incidentalmente se mencionan en otros autores, no valorándose los recientes trabajos del P. Roche en Muge al que únicamente se alude en el artículo de Gómez Tabanera sobre las poblaciones prehistóricas de la Península.

Pellicer Catalán dice acertadamente que los concheros de Muge son “mesolíticos o de indudable tradición epipaleolítica... sin que falten materiales cerámicos sin decorar o decorados con impresiones”, pero luego supone que “habría que situarlos, al menos en su fase final, como pertenecientes a un neolítico arcaizante que enlaza con el megalitismo, ya en la Edad del Bronce —[lo que debe ser su Bronce I o sea el pleno eneolítico]— con una cronología indeterminada, pero que podría colocarse en la segunda mitad del tercer milenario”. En realidad los concheros de Muge ocupan todo el mesolítico y son exclusivamente mesolíticos, a pesar de que en su capa superficial se introdujesen al-

¹⁹ Vilaseca, S. e I. Cantarell. La cova de la Mallada de Cabra Feixet. *Ampurias*, vol. 17-18, pp. 141-154, Barcelona, 1955-56.

²⁰ Bosch-Gimpera, P. La chronologie de l'art rupestre seminaturaliste et schématique et la culture mégalithique portugaise. *In memoriam do Abade Henri Breuil*, vol. I, pp. 113-122. Lisboa, 1965.

Chronologie de l'art rupestre seminaturaliste et schématique de la Péninsule ibérique. *Mélanges Raymond Vaufrey*, Paris (en prensa).

gunos escasos fragmentos de cerámica. El P. Roche —que comprobó que dentro de ellos hay indicios de cabañas, habiéndose formado el conchero como un “basurero” a su alrededor— encontró una fecha de radiocarbono del sexto milenio para su fase avanzada.

El enlace con el megalitismo —formado más tarde— no aparece en los concheros y aquellos fragmentos son sin duda intrusivos y probablemente de los comienzos del neolítico del centro de Portugal que conocemos, aunque poco, por las sepulturas del Vale das Lages en la misma región del Tajo (Alemquer) publicado por Mendes Corrêa,²¹ con microlitos de tipo trapezoidal, una hacha neolítica de piedra y sin cerámica; y por Leopoldina F. Paulo²² del Monte do Pedregal, también en Alemquer, con sílex (cuchillos y raspadores) y fragmentos de cerámica. Estas localidades las hemos considerado siempre, como Mendes Correa, como representando el comienzo del neolítico de Portugal, antes del desarrollo megalítico y siguiendo inmediatamente a la cultura de los concheros de Muge.

El mesolítico es ya bastante conocido en el sur y oriente de España gracias a la estratigrafía de la cueva del Hoyo de la Mina publicada por Such hace muchos años y con capas mesolíticas bajo la neolítica, así como en la Cueva de la Cocina (Dos Aguas, prov. de Valencia) excavada por Pericot, también con estratigrafía mesolítica debajo del neolítico, y en otras localidades de Cataluña excavadas por Vilaseca. Si probablemente en este mesolítico subsisten tradiciones antiguas epigravetienses ello fue coincidente con el paso de la cultura capsiese final africana que es en realidad la que aparece en Muge y que a través del Levante y de Cataluña pasó a Francia en donde se halla en la Grotte de la Crouzade cerca de Narbona, excavada por Helena, también bajo una capa neolítica, siguiendo más al norte y dando lugar al sauveterriense. Éste evoluciona a su vez en el tardenoiense, evolución que se manifiesta también en los concheros de Muge. Ya en *Las raíces de España* de Pericot se reconocen varios elementos en el mesolítico español, aunque siguiesen

²¹ Mendes Corrêa, A. A. A sepultura do Vale das Lages e os “eólitos” de Ota. *Butlletí de l'Associació catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistoria*, vol. 3, pp. 117 y sig. Barcelona, 1925.

²² Paulo, Leopoldina P. Restos humanos do Monte do Pedregal. Comunicación apresentada ao I Congresso do Mundo Português, Lisboa, 1940.

predominando en muchos lugares los supervivientes del epigravetiense.

Del norte y noroeste de España y oeste de Portugal sólo conocemos con seguridad, del mesolítico, el asturiense con todos los problemas a que nos hemos referido. En el Centro, a lo largo de las sierras transversales y aún en Andalucía (Laguna de la Janda), el mesolítico está representado probablemente por el arte rupestre seminaturalista, persistiendo allí la población que en el paleolítico lo desarrolló en el Levante y que, entonces, con los cambios climáticos, encontraría menos abundancia de caza y que, en cambio, en las Mesetas altas, tendría un clima más semejante a aquel a que estaba acostumbrada. Pronto las poblaciones del Centro de España, afines a las levantinas, adoptaron la cerámica de la cultura de las cuevas, con agricultura incipiente. Llegando hasta la época en que ésta se desarrolló lo mismo que la domesticación de los animales y hasta más tarde cuando en pleno neo-eneolítico el arte seminaturalista, se asocia con los sepulcros megalíticos, todo el Centro de España se cubre de pinturas seminaturalistas que luego evolucionarán al esquematismo. La tipología muestra un desarrollo en que partiendo de tipos todavía bastante naturalistas, aunque distintos de los del arte clásico levantino y sin cacerías, el arte va degenerando. Habría que intentar establecer diversas fases, lo que hace posible su sucesión, superponiéndose algunas veces, como en la Laguna de la Janda, provincia de Cádiz.

La falta de material no permite puntos de apoyo seguros para la tipología; pero en un caso —por ahora excepcional— existe la asociación de yacimiento y pinturas: se trata de la cueva de Doña Clotilde (Albarracín, prov. de Teruel)²³ con dos etapas seminaturalistas y, en el mismo abrigo, un yacimiento de tradición mesolítica: láminas, raspadores, buriles y microburiles, así como microlitos de forma semilunar parecidos a los de la capa superficial de la Cueva de la Cocina (Dos Aguas, prov. de Valencia),²⁴ en la que aparece ya cerámica. Esto nos daría un

²³ Almagro Basch, M. Un nuevo grupo de pinturas rupestres en Albarracín. La cueva de Doña Clotilde. *Teruel*, vol. 1, núm. 1-2, pp. 91-116. 1949. Y en la *Historia de España*, de R. Menéndez Pidal, vol. 1, parte I, pp. 458-460, fig. 377. Espasa-Calpe, Madrid, 1947.

²⁴ Pericot, L. La cueva de la Cocina (Dos Aguas). *Archivo de Prehistoria Levantina*, vol. 2, pp. 39-70. Valencia, 1945.

Fletcher Valls, D. Problèmes et progrès du Paléolithique et du Mésolithique de la région de Valence, Espagne. *Quartar*, vol. 7-8, pp. 66-90. 1956.

punto fijo para un cierto momento de la evolución seminaturalista y no de su principio como puede sospecharse por la comparación con las figuras de algunas de las superposiciones de la Laguna de la Janda. Si Doña Clotilde, como la capa superior de la Cueva de la Cocina, es del V milenio —en que en Levante está ya organizado el neolítico—, los tres milenios en que se desarrolla anteriormente el mesolítico —que, donde lo conocemos, representa una cultura pobre de recolectores (que hay que suponer muy distinta de la de los cazadores levantinos)— parecen adecuados para comprender la evolución al seminaturalismo, mientras resultan muy cortos para el desarrollo del arte levantino clásico. Para éste hay que admitir forzosamente una larga duración, iniciada por los paralelos con el arte perigordense franco-cantábrico (primeras pinturas de Minateda) y continuada por figuras del arte moviliario graveto-solutrense del Parpalló y por el yacimiento epigravetiense de la Cova Mallada, junto a las pinturas de Cabra Feixet.

Manuel Pellicer Catalán trata muy extensamente de “Las civilizaciones neolíticas hispanas”, con exclusión de las fases avanzadas eneolíticas de las que se ocupa Antonio Arribas en el capítulo “La Edad del Bronce”, siguiendo la terminología adoptada —aunque no admitida por muchos— en el Congreso de prehistoriadores españoles en Almería (1949) donde se decidió llamar Bronce I al eneolítico, aunque en él no hay un solo objeto de bronce. Ello crea una terrible confusión de terminología, de la que hemos protestado continuamente en nuestros trabajos.

Pellicer, menciona nuestras antiguas sistematizaciones con la distinción de las grandes culturas peninsulares que creemos se desarrollan sin solución de continuidad desde el principio del verdadero neolítico hasta el fin del eneolítico: la de las cuevas que hoy vemos en la parte extrema del neolítico circummediterráneo, la megalítica occidental formada en Portugal, la intrusiva de Almería y la pirenaica que recoge elementos de las demás con una personalidad propia. Pero Pellicer no destaca el carácter esencialmente distinto de esas culturas que reduce a “círculos culturales divididos en subcírculos”. El oriental con divisiones en Cataluña, en Levante (excepto el sudeste) y Andalucía oriental, junto con el círculo meridional con los subcírculos de la costa andaluza y de la Andalucía occidental, en realidad el valle del Guadalquivir, son variedades de nuestra cultura de las cue-

vas. El círculo del sudeste equivale a lo que llamamos “cultura de Almería”. El círculo occidental comprende especialmente Portugal y, al excluir Pellicer de él la cultura megalítica —que deja para ser tratada en el “Bronce I”— y no hablándose del vaso campaniforme, Portugal queda muy desdibujado, lo mismo que las Mesetas, en las cuales, aunque son todavía pobres en hallazgos, los existentes permiten incorporarlos en nuestra opinión a la cultura de las cuevas y a la del vaso campaniforme, como en ciertos momentos también el valle del Ebro puede incluirse en aquélla. En el círculo del norte de España se distinguen los subcírculos cantábrico y pirenaico, que resultan también muy pobres por prescindirse en ellos de las extensiones de la cultura de las cuevas y de las megalíticas, con la formación de la cultura pirenaica.

Los círculos tratados con más detalle son el oriental y el meridional. Como característica del primero se da la cerámica “impresa” o sea la decorada con impresiones de cardium y se prescinde de otras decoraciones como los relieves, las impresiones digitales, y las incisiones de uñas o a punzón que en todas partes se asocian a las impresiones de cardium. La generación reciente de prehistoriadores españoles ha olvidado completamente las cuevas de las regiones montañosas de Cataluña cuya cultura se prolonga hasta el eneolítico (cueva de Tartareu) y que ofrecen un gran desarrollo de los distintos tipos de decoración. Del círculo meridional, en donde Pellicer ha realizado importantes excavaciones, menciona la sustitución de las decoraciones “impresas” por otras técnicas, como líneas puntilladas, incisas y acanalados —que no faltan en los demás subcírculos— y que en nuestra opinión —como hace años también lo planteó Castillo— representan un fondo de ornamentos que se sistematiza luego en los del vaso campaniforme. El principio de este neolítico— hoy sabemos que es muy antiguo por las fechas de radiocarbono de la cueva de l'Or de Beniarrés (prov. de Valencia): de 4670 ± 160 y 4315 ± 75 a. C. y entonces se practicaba la agricultura de cereales con *Triticum monococcum*, al mismo tiempo que la ganadería, pues se han encontrado abundantes huesos de bóvidos y cápridos. Añadiremos que en la cueva de Tartareu —eneolítica— apareció la parte anterior de la cabeza de un buey.

Los subcírculos central y del valle del Ebro se mencionan muy de prisa. Aquí observaríamos que lo conocido no es tan poco como se supone y sobre todo que este poco es importante

para incorporar ambos “subcírculos” a la cultura de las cuevas. En el del Ebro, aunque sea tardía la cerámica “impresa” o cardinal de Fabara, ello indica que también allí hay una tradición neolítica de tal cultura, como lo muestran además los poblados de la región de Alcañiz (prov. de Teruel) y de Sena (prov. de Huesca), sin contar con otros hallazgos. En el “subcírculo” de la Meseta sur, aunque se menciona la cueva del Conejar de Extremadura, no se cita la del Boquique —que ha desaparecido de la bibliografía reciente española—, a pesar de que estas cuevas son de especial importancia porque indican que la cultura de las cuevas había ocupado Extremadura antes de la penetración de los sepulcros megalíticos portugueses.

Pellicer identifica acertadamente el “círculo” del Sudeste, con la “cultura de Almería” —forastera de origen africano que desemboca en la cultura de los Millares— de la que se ocupa Arribas. Es interesante la mención de estratos inferiores en Almizaraque, a los que no llegó Siret quien se concretó a excavar el poblado de mineros de la cultura de Los Millares pues, según parece, bajo éste había unos niveles de casi dos metros que se suponen pertenecientes a un “neolítico precerámico” acaso coetáneos del “neolítico con cerámica impresa”. Para juzgar sobre ellos esperamos a ver su publicación.

Lo que no nos parece exacto es que se pueda afirmar que desconocemos en Almería las culturas anteriores al metal. Si ciertamente El Gárcel pertenece a su tiempo, en las etapas señaladas por Siret y especialmente en Tres Cabezos, parece haber algunas de un neolítico sin metal todavía, aunque éste aparezca muy pronto, coexistiendo la cultura de Almería en el Sudeste con el neolítico de la de las cuevas, como en su extensión en el neolítico sucede lo mismo a lo largo del Levante español hasta Cataluña. En nuestra “Etnología de la península ibérica” y en “El Poblamiento” nos referimos a estas fases neolíticas en que la cultura almeriense es sumamente parecida a la sahariense en que incluíamos, siguiendo las últimas indicaciones recogidas personalmente de Siret, además de Tres Cabezos, la cueva de Lucas y en un segundo grupo las localidades de Fuente Lobo, Palaces, la parte más antigua del material de La Gerundia y posiblemente también la de El Gárcel, aunque esta última localidad acaba cuando ya se conoce el cobre y comienzan las localidades en que el uso de éste se desarrolla progresivamente en las etapas anteriores a Los Millares, como la de Campos. En esta

etapa, ya con cobre, comenzaría la expansión de la cultura de Almería hacia el norte llegando a la costa catalana, en donde aparecen los sepulcros de fosa que Pellicer cree que se interfirieron en la cultura de la cerámica "impresa".

Desde Tarradell se tiende a desligar los sepulcros de fosa catalanes de los de la cultura del SE. y a relacionarlos con el sur de Francia y norte de Italia, especialmente porque en ella penetran tardíamente los vasos de "boca cuadrada" que en Italia, Bernabó Brea, cree son influencia de origen danubiano. Esta cultura constituye un problema complejo que está lejos de poder resolverse de una manera simple: se suelen olvidar sus elementos almerienses tales como las cistas no megalíticas (Santa María de Miralles, otras de la comarca de Solsona), los brazaletes de pectúnculo que estudió hace tiempo Pericot y otros. Por otra parte entre el sureste de España y Cataluña hay también elementos almerienses como los poblados fortificados de la provincia de Castellón y el sepulcro del Cañaret de Calaceite. Nosotros seguimos creyendo en el origen almeriense de los sepulcros catalanes ya llegados en una fase eneolítica temprana, aunque tuvieron una larga perduración en el eneolítico. Se establecieron entonces indudablemente relaciones con Francia, las cuales aportaron elementos forasteros como los vasos de boca cuadrada, así como adoptaron el vaso campaniforme que se había extendido también por la cultura de las cuevas catalanas.

El neolítico portugués se ha liquidado rápidamente en el trabajo de Pellicer, diciendo que "todavía hay quien considera dentro del neolítico el fenómeno megalítico", cuando todos los portugueses y los mismos esposos Leisner consideran neolítica²⁵ una extraordinaria cantidad de sepulcros megalíticos. Basta para convencerse de ello ver el enorme material recogido en el museo de Belem.

De los concheros de Muge, aunque se dice que son "mesolíticos o de indudable tradición epipaleolítica... sin que falten materiales cerámicos sin decorar o decorados con impresiones", se supone "que habría que situarlos, al menos en su fase final, como pertenecientes a un neolítico arcaizante que enlaza con el megalitismo, ya en la Edad del Bronce, con una cronología indeterminada, pero que podría colocarse en la segunda mitad

²⁵ Leisner, G. y V. Die Megalithgräber der iberischen Halbinsel. II: *Der Westen*; partes I a III, Madrider Forschungen, Deutsches Archaeologisches Institut, Abteilung Madrid, Berlin, 1959-1965.

del tercer milenio". Se ignoran así los resultados mencionados del P. Roche tan importantes, en los que hay una fecha de radiocarbono del sexto milenio para su fase avanzada todavía mesolítica, así como que la cerámica aparece sólo en sus capas superficiales y muy escasa.

Desearíamos hacer algunas observaciones al artículo de *Antonio Arribas* sobre "La Edad del Bronce en la Península ibérica". Dice que es imposible asegurar que las poblaciones neolíticas del Sur conocieran la agricultura o la practicasen, alejadas de las del Levante (cueva de l'Or) y de Cataluña y parece atribuir el desarrollo de la agricultura a la "colonización agrícola de la cultura de Almería" que adjudica a prospectos del metal y que considera toda ella del llamado "Bronce I", aunque dichos prospectores lo que buscaban y utilizaron fue el cobre.

Limita la neolitización del norte de África a la costa, y la cree contemporánea con la Edad del Bronce de la Península: en otros lugares hemos señalado la cultura de las cuevas en regiones interiores de Argelia y aun del borde del Sahara, y el material de estas cuevas es idéntico en general al de la cultura de las cuevas peninsulares.

Minimiza la importancia de las excavaciones de Siret en el sureste y dice que los poblados neolíticos almerienses del tipo de El Gárcel "no han sido explorados ni excavados jamás", siendo los materiales de Siret sólo resultado de "una prospección muy superficial sobre el terreno", lo que no corresponde a los hechos. Considera todas aquellas localidades como eneolíticas (o del "Bronce I"). Dedicó su principal atención a Los Millares que él mismo, con Almagro, excavó de nuevo. Emite una hipótesis que también nos parece aventurada: las hachas de piedra se habrían empleado para la deforestación y trabajo de la madera y el campo se habría cultivado con picos elaborados con astas de ciervo, así como la gran cantidad de puntas de flecha de sílex la atribuye sobre todo a la caza, aunque "cabe la duda de si se trata de armas de caza y de guerra", si bien reconoce que las murallas denotan el carácter bélico de la población. La llegada de esos prospectores del cobre la sitúa hacia 2000, cuando en Los Millares se ha encontrado una fecha de radiocarbono de antes de 2300 a.C. Claro está que Almagro duda de su validez para fechar la cultura en cuestión.

Los sepulcros megalíticos de Los Millares habría que atribuir-

los a esos “colonizadores” lo mismo que la “religión megalítica” de tipo oriental, los ídolos de tipo egeo y otras cosas y los sepulcros megalíticos se extenderían así por Andalucía hasta Portugal, junto con las cuevas artificiales, siendo variantes locales las diferencias que en los tipos sepulcrales se observan en las distintas regiones, incluso los dólmenes sin corredor. Se vuelve a las teorías de Childe y Forde y a la primera de Leisner, rectificadas en los tomos de su obra referentes a Portugal. Es lástima que no se tengan en cuenta las últimas excavaciones de Siret, en el poblado minero de Almizaraque, cerca de las minas explotadas hasta hoy y en el que, en las casas, encontró crisoles con escorias no sólo de cobre sino de plata y que publicamos en un artículo que parece que nadie ha leído.²⁶

El hecho es que la cultura de Almería tiene una serie de etapas desde las puramente neolíticas y de tipo sahariense a que hemos aludido hasta la cultura de Los Millares, en las que persisten las tradiciones genuinas almerienses añadiéndose sucesivamente elementos de otras procedencias. Antes de la formación de la cultura de Los Millares se desarrollan, junto con los poblados, los sepulcros que los Leisner consideraban en su primer volumen el precedente de la evolución megalítica de toda la Península y que nosotros desligamos de ella, por creer independiente la de Portugal. En la etapa entre el neolítico puro y la cultura de Los Millares, dichos sepulcros almerienses —no sólo los circulares o “Rundgräber” sino fosas revestidas de piedras o losas que le dan una apariencia de cistas, como la de Puerto Blanco que tiene un paralelo en Cataluña en la de Santa María de Miralles— representan la tradición de las fosas o del “kleinafrikanische Grabbau” como lo llamaba Frobenius y comienzan ya las relaciones con el Mediterráneo, con Andalucía y con la cultura portuguesa, apareciendo objetos forasteros, por ejemplo perlas de calaita, ídolos de tipo egeo, cerámica pintada, cuevas artificiales como las de Sicilia, Malta y el preheládico egeo, a la vez que se incrementa el uso del cobre que es ya normal en la etapa de Campos que precede el desarrollo de Los Millares. No hay entonces relaciones con la cultura del vaso campaniforme que sólo aparece en la cultura de Los Millares en su tipo II o sea en la evolución del tipo clásico de Ciempozuelos-Carmona

²⁶ Bosch-Gimpera, P. y F. de Luxán. Explotación de yacimientos argentíferos del eneolítico de Almizaraque. *Investigación y progreso*, vol. 9, pp. 112-114, Madrid, 1935.

y no precisamente como cosa meramente intrusiva como dice Arribas, pues desde entonces se encuentra normalmente en todas las sepulturas.

Insistimos en que las formas megalíticas proceden de la relación con Portugal, que se manifestó ya en los ídolos de la provincia de Huelva (sepulcro de corredor, número 1, de El Pozuelo) y que, en las etapas correspondientes a la de Los Millares, tiene también en Portugal ídolos de tipo egeo como los de Almería y cerámica semejante a la de Los Millares.

Es probable que en esta etapa la cultura más activa y expansiva sea precisamente la portuguesa, que en su difusión por Andalucía llega a tocarse con la de Almería, la cual, sin que se desnaturalice ni pierda su propia personalidad, adopta los tipos de sepulcros megalíticos portugueses y aun las puntas de flecha de base cóncava al lado de las triangulares con aletas y espiga o de forma de hoja, que hasta ahora ni una sola vez han aparecido en Portugal. En cambio la actividad de Almería parece intensificarse en la relación con el Occidente del Mediterráneo y a ella se debió probablemente la penetración del vaso campaniforme del tipo II en Cerdeña, Italia y Sicilia, lo que sin duda va unido al comercio del cobre.

Arribas no aborda más que de soslayo el problema del vaso campaniforme del que admite el origen español. Nosotros insistimos en su origen en la cerámica de la cultura de las cuevas, de la que sistematiza y estereotipa las decoraciones, al colonizarse los grandes valles del Tajo y del Guadalquivir antes de la expansión por ellos de la cultura megalítica portuguesa. Esto da lugar a los sepulcros megalíticos andaluces en los que abunda el vaso campaniforme del tipo II, pareciendo entonces producirse una fusión de las poblaciones y posiblemente a ello se debe la introducción de dicha cerámica en la cultura de Los Millares. En cambio Portugal lo adoptó ya antes con relaciones con el Centro de España desde su estilo clásico, el I de Ciempozuelos y de Carmona no siendo exacto como algunas veces se ha dicho que sea un fenómeno reducido a la costa, pues lo hay en el interior en los sepulcros del Alemtejo de las Heredades de la Casa de Braganza (Estremoz).

No es necesario aquí insistir en las etapas de la civilización megalítica portuguesa, ni en las relaciones mediterráneas que hemos tratado documentadamente en otros lugares.²⁷

²⁷ Cultura megalítica portuguesa y culturas españolas. *Revista de Guimarães*, 1966; y traducción francesa: *Civilisation mégalithique portugaise et civi-*

Tampoco insistiremos en que no creemos en la propagación del megalitismo por el Mediterráneo —donde no se encuentra— ni en la propagación de la “religión megalítica por colonizadores o misioneros-comerciantes”. Se trata de una religiosidad propia de los pueblos agrícolas de toda Europa con cultos a los antepasados y a divinidades solares o de la fecundidad que, si bien pudo recibir impulsos orientales —pues de Oriente partió la revolución neolítica y con ella nuevas ideas religiosas— todo ello se propagó indirectamente, sin que sea preciso acudir a “misioneros”; lo mismo que el culto de los antepasados es un fenómeno general del neolítico y su aspecto monumental en los sepulcros megalíticos que empieza en el más antiguo neolítico de Portugal —antes de toda influencia forastera— no es preciso que se deba a otra cosa que al deseo de construir una casa para los muertos de la familia o de la tribu, como en otros lugares ello se manifiesta con asegurarles un sepulcro individual.

Brevemente alude Arribas a los sepulcros megalíticos pirenaicos, de España y Francia, sin concretar su adscripción a un círculo de cultura y a una etnia peculiar. En otros lugares hemos fundamentado nuestras opiniones acerca de ello y a que la personalidad pirenaica se traduce en la adopción de elementos de todas las culturas vecinas como “escogiéndolos”; así los sepulcros portugueses que tanto por la zona cantábrica como por la Meseta castellana llegaron a la proximidad de la cultura pirenaica, lo mismo que el vaso campaniforme²⁸ a través de la cultura de las cuevas, con todos sus tipos de los que aparecen sobre todo los I y II en el grupo catalán y en el del sureste de Francia, desde donde se habrían propagado por Europa, con sus propias decoraciones.

No es necesario recurrir a un contagio en el Centro de Europa, con las de la cultura de Vucedol como quieren Evzen y Jirí

lisations espagnoles. *L'Anthropologie*, vol. 71, pp. 1-48. Paris, 1967. Relaciones prehistóricas mediterráneas. *Anales de Antropología*, vol. iv, pp. 95-126. México, 1967. Ver también el valioso estudio de O. da Veiga Ferreira, La culture du vase campaniforme au Portugal. *Memoria 12*, nova serie de los *Serviços geologicos de Portugal*, Lisboa, 1966.

²⁸ Bosch-Gimpera, P. El vaso campaniforme de la cultura pirenaica, homenaje a Telesforo de Aranzadi. *Munibe*, Suplemento de Ciencias Naturales del *Boletín de la R. Sociedad Vascongada de Amigos del País*, vol. xiv, pp. 209-352, San Sebastián, 1962.

Cultura megalítica portuguesa y culturas españolas. *Revista de Guimarães*, 1966.

Neustupny,²⁹ lo mismo que Sangmeister.³⁰ Para este último autor, el único tipo del vaso campaniforme que tendría su origen en la Península y precisamente en Portugal sería nuestro tipo III que se supone propagado por mar hacia Bretaña y el Rhin, por lo que se le llama “tipo marítimo”, “internacional” o “paneuropeo”, y que después del contagio aludido formaría los grupos del Centro de Europa y de allí, en un fenómeno de “reflujo”, llegaría a España con nuestro tipo I (el clásico de Ciempozuelos) tardíamente, ya en la Edad del Bronce. Todo ello nos parece imposible.

Ante todo la decoración simple de zonas alternando unas sin decoración y otras con líneas transversales puntilladas, tiene precedentes ya en la cerámica de la cultura de las cuevas, y, en Portugal, se encuentra junto con los tipos I y II.

El tipo III no es exclusivamente portugués y se halla también en la cultura pirenaica con aquella decoración o con otras en forma de vasos que degeneran el verdadero campaniforme. A lo más puede admitirse que la propagación por el Atlántico, llegando a Bretaña y al Rhin parta de las relaciones portuguesas. Pero el “reflujo”, que se basa en suponer el tipo III como el más antiguo, es inadmisibles pues por las asociaciones de los tipos I y II con los mobiliarios de los sepulcros megalíticos portugueses de sus distintas etapas y por la aparición del II en la cultura de Los Millares en que la fecha de radiocarbono que da para el mismo es anterior al 2350 a. C., la cronología anterior de tales tipos al III parece asegurada.

Debe además tenerse en cuenta que en Portugal, en sepulcros colectivos utilizados durante varias generaciones, si bien se asocia el I con el II y el II con el III, nunca sucede la asociación del I y el III. Algo parecido ocurre en la cultura de Los Millares —en que no hay tipo I— en donde se asocia el II con el III,

²⁹ Neustupny, Jiri. *The Bell Beaker Culture in Bohemia and Moravia. A Pedro Bosch-Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, pp. 331-344; México, 1963.

Neustupny J. y F. Evzen. *Die westlichen Kulturen im böhmischen Aeneolithikum. Actes du Symposium consacré aux problèmes du Néolithique européen*, pp. 313-320 (especialmente p. 318). Praga, 1961.

³⁰ Sangmeister, E. *Exposé sur la civilisation du vase campaniforme. Les civilisations atlantiques du néolithique à l'Age du Fer, Actes du Colloque atlantique*; Brest, 11 septembre 1961; ed. P. R. Giot, pp. 25-55. Rennes, 1963.

Die Datierung des Rückstroms der Glockenbecher und ihre Auswirkung auf die Chronologie der Kupferzeit in Portugal. *Palaeohistoria*, vol. 12, pp. 395-407. Gröningen, 1966.

también en sepulcros colectivos que han podido ser utilizados largo tiempo. El único “reflujo” es el de las decoraciones de cuerdas para formar las zonas, que pudo tomarse de la coexistencia en el Rhin de la cultura de la cerámica de cuerdas con la del vaso campaniforme, dando lugar a tipos mixtos, llegando las decoraciones de cuerdas no sólo a Bretaña sino por el este de Francia (Cranves en la Alta Saboya) a la cultura pirenaica catalana y vasca y desde ella infiltrándose esporádicamente más al sur (Filomena en Villarreal, prov. de Castellón y Entretérminos, prov. de Madrid); pero no llegando ni a Almería ni a Portugal.

Arribas trata luego del verdadero Bronce hispánico, sobre todo de la cultura de El Argar que también cree llegada de Oriente y que desde sus focos originarios tendría una rama que llevaría a España la cultura argárica, mientras otras llevarían al centro de Europa la cultura de Aunjetitz. Tampoco esto nos parece plausible y seguimos creyendo que hay una continuidad en la cultura de Almería desde sus etapas primitivas, todavía neolíticas, a través de la de Los Millares que con relaciones mediterráneas —no colonización— recibe tipos y técnicas forasteros y con las relaciones con la civilización megalítica portuguesa los tipos megalíticos, para seguir la cultura de El Argar que eliminando u olvidando los elementos forasteros hace resurgir las tradiciones indígenas y permanece entonces en cierto modo aislada de las grandes relaciones, entre las mediterráneas que terminan en las islas occidentales (Malta, Sicilia, Cerdeña, Baleares) y las atlánticas que relacionan Portugal con el Occidente de Europa (el llamado “Bronce atlántico”), aunque en el sur se hizo sentir la influencia y probablemente una “colonización almeriense que se extendió entonces por toda Andalucía, explotando las minas de Sierra Morena”. Con esas relaciones atlánticas de Portugal llegaría el conocimiento del estaño que se halló luego también en el Occidente de la Península y que sólo poco a poco llega a la cultura de El Argar, en donde muchos artefactos siguen siendo de cobre puro. Sólo en la segunda parte de la cultura de El Argar (después de 1400) llegan por el Mediterráneo las perlas segmentadas, la única cosa forastera que allí aparece.

Juan Maluquer de Motes dedica un capítulo a “La España de la Edad del Hierro” y primero se ocupa de la tradición anterior,

con acertadas observaciones sobre la cultura de El Argar que en el sureste y en su extensión por Andalucía y el Algarve se mantiene activa —y que influye hacia el interior— con el desarrollo de una vida urbana y una organización social de economía autárquica. Ello prefiguraría el poderío tartésico basado en la minería —que habrá de atraer luego a los colonizadores— formándose otro foco metalúrgico en Galicia, Asturias (El Aramo) y en el norte de Portugal.³¹ Maluquer se inclina a atribuir la aparición de tipos del bronce europeo a fines de la Edad del Bronce en el norte de España —con esporádicas explotaciones mineras en Riner (alta provincia de Lérida) y en Urbiola (Navarra)— a penetraciones forasteras, indoeuropeas, que no desvirtúan la continuidad de la población pirenaica que desarrolló la antigua cultura megalítica y que él, como nosotros, identifica con los pueblos vascos. Riner en realidad debe atribuirse no a elementos europeos sino a los mismos pirenaicos influidos por la cultura argárica, como lo muestra el molde de hachas de su tipo y la cerámica hallados junto al esqueleto del prospector, probablemente muerto a consecuencia de algún desprendimiento de las rocas.

No creemos que la aparición de tipos europeos a fines de la Edad del Bronce, exclusivamente hallazgos sueltos o depósitos como el de Ripoll en Cataluña, autorice para postular una invasión y pueden deberse a relaciones comerciales con los demás grupos pirenaicos franceses y del Ródano, grupos autónomos que desde muy pronto estuvieron en contacto con la Edad del Bronce de Suiza y Sur de Alemania. Paralelamente en el Occidente de la Península las relaciones atlánticas dieron lugar a la transformación de la cultura de Portugal y a que a través de ella penetraran también tipos europeos en las mesetas, para, al reanudarse al final del segundo milenio las relaciones mediterráneas, algunos de estos tipos como los palstaves llegaron a Andalucía, hasta Almería, cuya cultura entonces queda oscurecida.

No vemos invasión anterior a la de los “Urnenfelder”. Maluquer se inclina a creerlos celtas, como nosotros, que hemos visto un indicio de ello en los nombres en —*dunum* de la toponimia (Verdú-Virodunum) y que indican una conquista. En cambio,

³¹ Allan, J. C. A mineração em Portugal na Antiguidade. *Boletim de Minas*, vol. 2, núm. 3, pp. 1-36. Lisboa, 1965.

Cardozo, M. A Metalurgia na Proto-Historia da Península Ibérica. *Dédalo*, núm. 2. Diciembre de 1965, São Paulo.

por el Occidente del Pirineo no ve la llegada de gentes de las urnas, que nosotros creeríamos que representa la necrópolis de El Redal (Logroño) y aun el nombre de Navardum (Navardunum) en Navarra, el primer testimonio de los navarros con este nombre.

Sigue el estudio de la indoeuropeización de España, propiamente desde las invasiones célticas, que se extienden por la Meseta, en diferentes etapas, poniéndose en valor la posibilidad del cultivo de cereales en las tierras centrales y trayendo el caballo, el carro y el arado profundo, a la vez que se desarrolla una economía ganadera, con poblados fortificados con poderosas murallas (los "castros").

En los últimos años el conocimiento de las variedades regionales de esa cultura céltica se ha enriquecido notablemente sobre todo en las Mesetas y en la zona cantábrica. En ellas hemos tratado de seguir la ascendencia de las tribus célticas históricas, que continúan largo tiempo las distintas culturas hallstáticas: lo que llamamos cultura posthallstática, tan distinta de las de los celtas de otros países de Europa que organizaron la cultura de la Tène. Hubiera convenido sobre todo señalar las diferencias con la cultura de los castros de Portugal y Galicia.

Los celtas no tenían tradición escultórica y en España hay sólo los pequeños ídolos antropomorfos del siglo VI encontrados en Cortes de Navarra por Maluquer —a lo que añadiríamos los de Numancia—, sumamente toscos. En cambio se desarrolla un arte animalístico con las esculturas de toros y verracos que Maluquer —como hicimos nosotros hace años— cree de influencia del sur y sudeste ibéricos. Tardíamente en Portugal y Galicia se desarrollan toscas esculturas antropomorfas (los "guerreros lusitanos"), así como en otros lugares las estelas funerarias con relieves también toscos, que pertenecen ya a la época de la romanización. En cambio los celtas tuvieron una joyería importante aprovechando el oro de los ríos, así como trabajaron la plata, de lo que es testimonio la vajilla del tesoro de Villena. También lo hicieron los ibero-tartesios del Sur y Este de España.

Hemos podido reconstruir estas invasiones célticas de la meseta ³² con la ayuda de la arqueología, comparándola con la de

³² Bosch-Gimpera, P. Two Celtic Waves in Spain. Sir John Rhys Memorial Lecture, 1939. *Proceedings of the British Academy*, Londres, 1942.

Mouvements celtiques. Essai de reconstitution. *Études celtiques*, v-vii, 1950-56.

los países originarios de dichas invasiones desde Westfalia y el Bajo Rhin, así como con la de Francia, a la vez que con los datos históricos posteriores que dejan vislumbrar la larga supervivencia de aquellos grupos. Así —después de la entrada de los “Urnenfelder” que creemos se debe a una época de expansión general de ellos— los movimientos germánicos entre el sur de Dinamarca y el Rhin empujan sucesivamente grupos que llevan a la Península su cultura peculiar. Primero la que he llamado “Hallstática arcaica” con supervivencias de la cerámica excisa de la Edad del Bronce renana que se perpetuó en el Bajo Rhin, en Alemania y Holanda, y que en España da lugar a la primera cultura de Las Cogotas, a la de los Areneros madrileños y a la de los castros sorianos antiguos que nosotros atribuimos a los pelendones, como entre los celtas de las urnas había bibroci. Siguen luego grupos de Holanda y el extremo del Bajo Rhin que hacen llegar a supervivientes de la degenerada cultura de las urnas a aquellas regiones, y para los cuales el término de sus movimientos serían los Cempsos de Portugal. Con ellos llegaría a España un grupo de *germani* de los que habían originado la migración. Nuevas presiones germánicas en distintas direcciones desplazan un conglomerado de pueblos célticos desde Turingia al Mosela y al este de Francia, de los cuales quedan restos en el camino y que al seguir hasta España ocupan de momento las mesetas, debiéndoseles atribuir la segunda cultura de Las Cogotas relacionada con la del Eifel-Hunstück de fines del Hallstatt de Alemania; este grupo debió empujar a los cempsos hacia el suroeste. Finalmente nuevas presiones germánicas desplazan de Bélgica y del norte de Francia a parte de los pueblos belgas que ocupan el camino de Roncesvalles a Pancorbo (suessiones), se infiltran en el país vasco y tierras vecinas (autrigones) y se extienden por la meseta (belos, vacceos), llegando otros grupos a Extremadura (turmódigos) y al occidente de Sierra Morena (turones). La conquista belga debió obligar a los celtas del conglomerado anterior a extenderse hacia la periferia oriental (turones de Teruel), o hacia Galicia (nemetes, etcétera) y el norte de Portugal, con infiltraciones en Asturias (lingones). Entonces, o ya antes, los cempsos trataron de penetrar en el territorio tartesio dejando un impacto de tipos hallstáticos en su cultura. Así mismo con los distintos movimientos llegaron puntas de lanza de los germanos que los provocaron, y que se reconocen en España y en Portugal por nombres de lugar o de tribus entre

los celtas, con los que llegaban mezclados o con los que se mezclaron luego, quedando arrinconados en distintos lugares (cimbrios, eburones, pemanos, nerviones, tungros). La arqueología de los belgas es la propiamente posthallstática, con precedentes en Bélgica en la necrópolis de Court Saint-Etienne y en Francia en Les Jogasses. En las culturas de los castros portugueses, gallegos y asturianos persisten elementos de las culturas anteriores a la de los belgas.

Un artículo de *Gómez-Tabanera* trata, sobre todo desde el punto de vista antropológico, de "Las poblaciones prehistóricas de la Península ibérica", aprovechando los trabajos de Mendes Corrêa, Alcobé y Fusté. Trata de relacionar los tipos antropológicos con las culturas prehistóricas: este problema no se halla suficientemente maduro para sacar conclusiones satisfactorias.

Emeterio Cuadrado habla de "Un pueblo prehistórico hispano: los Iberos". La parte más interesante del trabajo describe la vida y costumbres, comercio, ciudades, ideas religiosas, guerra, traje y adorno personal, escritura y arte. En éste, siguiendo a *García Bellido*, distingue en la escultura un momento de inspiración oriental de los siglos v y iv, uno ibérico clásico desde mediados del v a mediados del iii y uno ibérico-romanizante. Las fechas iniciales nos parecen demasiado bajas. Con todo, en la arquitectura piensa que una etapa de tradición ibero-jónica y otra de tradición jónica comienzan a mediados del siglo vi y que una tercera indígena pura llega hasta la romanización. Para los grupos de la cerámica pintada se dan también fechas bajas, como el siglo iv para la decoración geométrica, el principio de la floral y zoomorfa desde el siglo iii y su estilización desde el siglo ii. La discusión de esas fechas y del problema de los orígenes de las decoraciones de la cerámica en los distintos estilos griegos (orientalizante, de figuras negras y rojas) se hallará en *Todavía el problema de la cerámica ibérica*.³³

Cuadrado, después de afirmar la comunidad de cultura de los pueblos ibero-tartésios, se pregunta: "¿Es también uniforme su etnia?" y se da cuenta de la complejidad del problema, así como de las diferencias regionales en la cultura en la que las influencias de los colonizadores fenicios o griegos se reflejan de distinto

³³ Cuadernos del Instituto de Historia. *Serie Antropológica*, núm. 2, Universidad Nacional Autónoma, México, 1958.

modo desde el primer momento. Así, en Andalucía oriental —¿por qué no en toda Andalucía?— la influencia fenicia y cartaginesa produce una cultura ibérica de carácter púnico; en el Sureste y Levante, con la presencia de las colonias griegas se origina una cultura ibérica de carácter griego con influencias púnicas; Cataluña-Languedoc, con la influencia de Ampurias, produce una cultura con base indoeuropea y barniz griego —nosotros consideraríamos aquella “base” supervivencia de la cultura de las urnas célticas sobre otras supervivencias prehistóricas— y el valle del Ebro recibe influencias de Cataluña y del Sureste, desarrollando una cultura de base greco-celta. Todo ello nos parece acertado; pero a la vez creemos que representa una gran complejidad regional de los grupos ibero-tartesios y que en la distinta manera de desarrollar los elementos comunes y de absorber las variadas influencias, refleja la consolidación de una gran diversidad de personalidades étnicas, dentro de las afinidades. Decimos esto aunque nos exponemos a caer en los reproches de Gómez-Tabanera a que hemos aludido y a que suponga la influencia de ideologías políticas “regionalistas”. Por otra parte hubiéramos deseado que se valorase más la cultura del Bajo Aragón y del Ebro y la manera como las influencias del sureste y de Cataluña actúan sobre la base indígena combinada con las penetraciones e influencias célticas, así como que se valorizase también la transformación de la cultura en sus distintas etapas y la absorción progresiva de los elementos del decorado de la cerámica ibérica. Por la corta duración de los poblados y su pronto abandono para levantar otros —a que alude Maluquer en su artículo sobre la Edad del Hierro— y que se observa desde Las Escodinas, San Cristóbal, el Vilallonc, Tossal Redó y San Antonio en que parece estabilizarse la cultura ibérica bajo-aragonesa, creemos que estos poblados y las sepulturas correspondientes ofrecen una base esencial para establecer la cronología de la cultura ibérica local y de sus relaciones con otras regiones, que en el Bajo Aragón se apoya en escasas pero significativas importaciones griegas.

Los distintos grupos de la cultura ibérica y la diferente manera como absorbieron e interpretaron las influencias griegas en la cerámica, con los precedentes prehistóricos anteriores, pueden contribuir a resolver el problema de las afinidades y a la vez diferencias entre los iberos en sentido estricto del sureste y este de España por un lado y los tartesios de Andalucía por

otro. Entre los primeros arraigó en la cerámica la influencia orientalizante y la de los estilos áticos de figuras mientras que entre los tartesios arraigó sobre todo el estilo geométrico que ciertamente se halla también en la base de todas las regiones. En las culturas prehistóricas anteriores los tartesios, a pesar de la expansión y aún colonización almeriense de la época de El Argar, debieron conservar una base de población derivada de la cultura del vaso campaniforme y de sus mezclas con la megalítica portuguesa que sin perder ciertas afinidades ibero-almerienses, les mantuvo con un carácter autónomo reforzado por los contactos con los fenicios que apenas se hacen sentir en la zona propiamente ibérica más allá de Villaricos, en Almería.

Antonio Blanco Freijeiro trata de "La colonización de la Península ibérica en el primer milenio antes de Cristo", desde el punto de vista histórico y arqueológico, muy documentadamente; así como *Miguel Tarradell* de "Economía y sociedad en la Hispania antigua", de manera muy completa y acertada.

De los demás artículos: *Antonio Tovar*, "Lingüística y arqueología sobre los pueblos primitivos de España"; *J. M. Blázquez*, "Roma y la explotación económica de la Península ibérica"; *Marcelo Vigil*, "La Península ibérica y el final del mundo antiguo"; *J. M. Gómez-Tabanera*, "Los pueblos antiguos de la Península ibérica" y "Las religiones prehistóricas y antiguas"; *M. O. Díaz y Díaz*, "En torno a los orígenes del Cristianismo hispánico", nos limitaremos a comentar el primero.

Tovar, el mejor lingüista que ha salido modernamente de España, tiene una amplia visión puesto que ha estudiado las distintas familias lingüísticas en relación con problemas arqueológicos e históricos, con perfecto conocimiento de la bibliografía y es hoy el sucesor del indo-europeísta Krahe en Tubinga. El problema de las lenguas hispánicas lo ha tratado repetidas veces y ahora reproduce con algunas correcciones su mejor estudio de síntesis. *Tovar* tiene en cuenta los resultados de la arqueología, incluso de la Prehistoria, y en la comparación lingüística con ellos, si bien hay muchos problemas oscuros que complican las distintas interpretaciones de los lingüistas y de los arqueólogos a la vez parecen desprenderse algunos puntos que cada vez parecen más seguros. Creemos que fácilmente, cuando se valoren exactamente los matices que complican tales puntos firmes,

podrá llegarse a un acuerdo. El método acertado es el de Tovar: valorar los elementos lingüísticos y filiarlos en sus parentescos con los de fuera de la Península, estableciendo luego la comparación con los resultados de la arqueología.

Con las dificultades de penetrar lo que hubieran sido las lenguas paleolíticas y mesolíticas, Tovar de acuerdo con Pericot y conmigo ve entonces a España como una zona de contacto y mutuas influencias de África y Europa. En el paleolítico superior, si la zona cantábrica se mantiene de tipo europeo, las restantes no pueden ser hoy interpretadas de manera simple y desde luego la antigua denominación de capsiese para el Levante no puede ya mantenerse. Cada vez más se ve que el elemento europeo llegó muy lejos, además de la penetración en Levante que representa la cueva del Parpalló; pero aún así hay en ella elementos de influencia africana relacionados especialmente con el ateriense. En el arte se destaca el Levante con una fuerte personalidad distinta de la franco-cantábrica, aunque en sus primeras etapas existan elementos de esta naturaleza. Aun los que fechan —contra nuestra opinión— su etapa clásica en los tiempos postpaleolíticos, reconocen que tiene raíces anteriores. Pero el hecho es que acaba por ser algo estrechamente emparentado con el arte rupestre africano. Todo ello da un marco en que encuadrar posibilidades lingüísticas. Tovar menciona la de raíces paleolíticas en el vasco —lo que en parte también admitía Fouché— y en otros trabajos ha hablado de un substrato eurasiático que explicaría ciertas afinidades con el Chukche de Kamchatka. Hoy cuando la arqueología descubre cada vez más afinidades entre el paleolítico europeo de tipo franco-cantábrico y el paleolítico siberiano, incluso en el arte rupestre, este substrato lingüístico eurasiático y dentro de él cierta raíz del vasco, parece sumamente plausible y nosotros ya lo habíamos aprovechado en trabajos anteriores sobre el problema vasco.

Vemos con satisfacción que Tovar, para el neo-eneolítico se muestra de acuerdo con nuestras culturas peninsulares de esta época, en que parecen organizarse las raíces de los pueblos preindoeuropeos posteriores, que se estabilizan en la Edad del Bronce y en los cuales hay un substrato en el que, a pesar de interpenetraciones y relaciones, así como de la adopción de elementos de cultura de unos por otros, se destacan sobre todo los pueblos alrededor del Pirineo, entre los cuales mantiene su personalidad el vasco y el de la cultura de Almería —cuya continuidad en la

Edad del Bronce (cultura argárica) admite Tovar— al cual hay que considerar como raíz de los iberos, indudablemente entrados en el neolítico desde la cultura sahariense de África, camita como hemos venido sosteniendo. Los contactos de la cultura de Almería en su periferia norte con la pirenaica explican suficientemente los elementos ibéricos del vasco, sin que se vuelva al vasco-iberismo tradicional. Aunque no podamos hablar ya del capsiese como la cultura del Levante español en el paleolítico, es indudable que hubo una penetración capsiese en el mesolítico en el sur de España, llegando al estuario del Tajo (Muge), y por el este se infiltró hasta muy lejos produciendo el sauve-terriense de Francia. El capsiese se combinaría en España con las supervivencias de los pueblos levantinos extendidos entonces por el Centro, de lo que resultó la cultura de las cuevas, equivalente a la de África formada sobre el neolítico de tradición capsiese de Vaufrey. Hoy, además, vemos esta cultura de las cuevas como uno de los numerosos grupos del neolítico circum-mediterráneo y ello sería la base para explicar, a la vez, los substratos lingüísticos mediterráneos y que, en España, antes de los almerienses-iberos, se reforzasen también elementos lingüísticos africanos.

En cuanto a la indoeuropeización de España, indudable para el tiempo de las invasiones célticas —en la que todos estamos de acuerdo— el problema es el de una primera indoeuropeización que se ha supuesto para la Edad del Bronce, y en la que insiste Tovar.

Es indudable, como ya hemos dicho, que entonces hubo muchos contactos de la España no argárica con Eúropa y a ellos se debe que Portugal y aun las Mesetas tengan la cultura llamada del Bronce atlántico, como ya reconocemos en nuestro trabajo “La Edad del Bronce de la Península ibérica” (*Archivo español de Arqueología*, 1954). También es indudable que a fines de la Edad del Bronce, antes del 1000, hubo otra penetración de tipos europeos en las culturas pirenaicas. Esto último representaría para muchos, después de Gómez Moreno, una primera entrada de indoeuropeos, en España, lo que a nosotros no nos parece convincente. Si los lingüistas logran precisar una etapa indoeuropea primitiva en el centro de Europa —acaso el “Alteuropäisch” de Krahe—, con las relaciones de la Edad del Bronce centro-europea con la de Occidente, llegando al Bronce atlántico, pudieron penetrar muy lejos, elementos lingüísticos indoeuro-

peos, sin que ello signifique movimientos de pueblos o una indoeuropeización en sentido étnico. Estas son las razones que me inducen a rechazar una entrada de indoeuropeos antes de los celtas, y no como consecuencia de aferrarme a viejas ortodoxias o como resultado de un “alejamiento del ambiente europeo”, con el que, a pesar de mi residencia en América, he seguido manteniendo constantemente el contacto.

Este es un problema difícil, como el de las afinidades del vasco con las lenguas caucásicas o asiánicas planteado por Uhlenbeck y luego por Boudha, Dumézil, Lafon, etcétera, o como el de las todavía más lejanas con las altaicas y drávidas (Fouché, Lahovary). Antes de organizarse los grupos lingüísticos indoeuropeos, el substrato eurasiático primitivo llegaba desde España a regiones muy remotas de Asia; pero además, en el neolítico, la cultura circummediterránea llegaba también al extremo occidental del Próximo Oriente y las culturas de éste tenían, a la vez que una extensión hacia el Este, —llegando a la India—, grandes influencias en el Egeo y los Balcanes, sobre pueblos entre los cuales existían los substratos lingüísticos preindoeuropeos. Acaso aquí es donde debemos buscar, entre otras la razón de las afinidades vasco-caucásicas, así como la de las demás aludidas.

Tovar admite, según parece, que los campos de urnas son célticos y con razón afirma que en lo que llamé “segunda oleada” habrá que reconocer una estratificación múltiple, que la hace enormemente compleja. Acaso el nombre de “segunda oleada” es demasiado simplista y lo adopté para marcar la diferencia de sus distintos elementos respecto a la primera entrada de los celtas de los campos de urnas. En todo caso mi manera de concebir el problema es la expuesta en mi trabajo “Mouvements celtiques” que completa y rectifica puntos de vista anteriores. Como el arqueológico, el problema lingüístico es complejo. Desde luego hay que renunciar al nombre de “ilirios” que representa una fase ya superada de la investigación y suponer con Krahe que en el segundo milenio las lenguas indoeuropeas del centro de Europa se hallaban en un estado “fluido” con posibilidades de evolución y cristalización en varias direcciones. Así nos explicaríamos que en los primeros grupos de los celtas llegados por Roncesvalles y Pancorbo al centro de España puedan haber elementos lingüísticos que a algunos no les parecen específicamente célticos, aunque la cultura —como la de los túmulos— corresponda a grupos étnicos que en definitiva lo fueron y que conservaron en el Bajo

Rhin la cerámica excisa largo tiempo en plena Edad del Hierro. Así en los movimientos, de la “segunda oleada” anteriores al de los belgas —ya definitivamente cristalizados étnica y lingüísticamente—, pudieron llegar en su lengua fenómenos anteriores a la cristalización definitiva y resabios de la época “fluida”. En el territorio centro-europeo de formación de los celtas, se llega a ésta también por un proceso muy complicado, en el que intervinieron elementos étnicos distintos y hasta no indoeuropeos. Si los lingüistas deciden que el nombre de los pelendones no es céltico, yo no tengo nada que alegar, aunque crea deber seguir incluyéndolos dentro de las oleadas célticas, pues su cultura en los castros sorianos es indudablemente hallstática.

Tovar, como yo, admite el aislamiento de los celtas de España en la segunda Edad del Hierro, con su cultura posthallstática, y que luego no hay una nueva penetración de celtas de la cultura de La Tène, ni la de britones que suponía Pokorny.

Estoy de acuerdo con Tovar en la importancia de la celtización. Cuando en 1932 hablé de las invasiones célticas como “mer episodi” lo hacía en contraposición a la masa de pueblos indígenas precélticos de ascendencia muy antigua, pero ya en el mismo libro (*Etnología de la Península ibérica*), reconocía aquella importancia y que en la mayor parte de la Península se borraron muchos pueblos anteriores, quedando su territorio organizado con los grandes grupos celtas e ibero-tartesios con islotes de supervivencias de dichos grupos anteriores y entre ellos los vascos que, si bien penetrados por la conquista céltica, acabaron absorbiendo a los invasores y manteniendo su propia personalidad. En el país vasco sin duda la celtización fue un “mero episodio”.

Finalmente, en cuanto al trabajo de Tovar, excelente como todos los suyos, queremos aludir a su párrafo final en que, como nosotros en nuestro *Poblamiento*,³⁴ se fija en la semejanza de las peripecias de la España pre-romana con las de la Reconquista medieval y en la repetición en los tiempos que suceden a la época romana de la penetración de elementos europeos: los visigodos y suevos —que repiten 1500 años después la entrada de pre-celtas y celtas desde Europa— y los bereberes y árabes que llevan a España elementos africanos, como sucedió con los almerienses prehistóricos.

³⁴ También en “De la España primitiva a la España medieval”. *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, vol. II, pp. 533-549. Madrid, 1951.

Creemos que sin seguir las "raíces", o mejor dicho, con Pericot, el "haz de raíces" de España y de sus pueblos hasta la Edad Media, es imposible una acertada comprensión del mundo tan complejo de la España medieval.

Cuando los españoles conquistan y colonizan América el proceso histórico se repite. Las Nuevas Españas dependen en mucho de la procedencia de los colonizadores en la propia España y a la vez del mestizaje con los elementos indígenas, que en muchos lugares subsisten intactos; y aún en la independencia de las nuevas naciones siguen actuando dichas "raíces".